

LA RUTA DEL ENCUENTRO DE JOSÉ ÁNGEL AGEJAS

Claudia Quiroz

Claudia Quiroz es abogada y profesora universitaria. Maestra en Administración de la Educación por la Universidad Católica San Pablo de Arequipa. Con una larga trayectoria docente, es profesora asociada del Departamento de Humanidades de dicha casa de estudios, donde contribuye desde el año 2008 con la formación de los jóvenes universitarios.

La educación está en crisis. Actualmente, su ejercicio plantea retos sin precedentes. Así inicia el libro de José Ángel Agejas, profesor de la Universidad Francisco de Vitoria, buscando llamar la atención del lector para hacerle comprender que nos encontramos frente a un cuadro de «emergencia educativa»¹.

El autor describe nuestro contexto cultural valiéndose de los personajes de la novela *El libro de la selva* de Rudyard Kipling. En ella se hace notoria la dificultad de educar a sujetos que han crecido en una sociedad carente de estructuras², que rechaza todo tipo de autoridad y que vive en un estado de permanente cambio, híper-estimulada e incapaz de ver más allá de lo sensible.

La pregunta fundamental es cómo hacer una oferta formativa católica en medio de la sociedad en la que nos ha tocado vivir. Cuáles son

1 Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* en [www.zenit.org/article-26166?1=spanish] consultado en agosto de 2019.

2 Zygmunt Bauman, *Cartas desde el mundo líquido*, Paidós, Barcelona 2011, p. 44.

los acentos que debe tener esta oferta, cuáles las ideas y experiencias que debe rescatar del pasado y las que debe proponer para el futuro.

Para Agejas, seguir por el camino de la sociedad consumista nos llevará hacia el desvío, pues en nuestro tiempo se confunde realización personal con “éxito”, sueños con cosas y deseos con placeres. Por ello, en palabras de Steiner, nos encontramos ante el desafío de mantener la fe en la humanidad, allí donde «las metas meramente utilitaristas arrancan de raíz la esperanza»³.

Ante este panorama que para Agejas constituye solo un punto de partida, proponer una oferta formativa exige saber a quién se dirige. Quién es el hombre al que se destina un tipo de formación que trascienda el campo de lo meramente útil y placentero. Para descubrirlo es fundamental recuperar la perspectiva que dio pie al nacimiento de la filosofía: el asombro ante la realidad.

El asombro es la perspectiva que permite que la reflexión sobre la educación sea capaz de repensarse una y otra vez, frente a las exigencias del mundo y sin renunciar a las exigencias perennes de la naturaleza humana. La pregunta fundamental que se hace el profesor Agejas es la siguiente: ¿Cómo la universidad debe formar futuros profesionales, abarcando todas sus dimensiones personales, durante el periodo de la vida universitaria? ¿Cómo llevarlos a comprender quiénes son y hacia dónde se guían sus acciones?

Para el autor, solo a través de una mirada a la realidad ya existente y no prefigurada en la mente del sujeto, este será capaz de conocerla a profundidad, apreciar su riqueza y mostrarla a otros. Ahora bien, el asombro no es la disposición natural de los jóvenes de hoy. Habría que preguntarse incluso por qué a los jóvenes de nuestro tiempo les toma tanto trabajo asombrarse frente al mundo, frente a sí mismos y frente a Dios. Según el autor, el problema es el cansancio. Vivimos en una época de hombres cansados.

Tal estado ha mermado la capacidad de los sujetos contemporáneos para maravillarse ante la realidad⁴. Es como una enfermedad. Por ello hay síntomas que permiten delimitarla. Según el autor, los síntomas de este cansancio son cinco: el desarraigo de los fundamentos, la fragmentación del saber⁵, la desconfianza en los hombres⁶, una libertad ejercida en forma precaria y una cultura fundamentalmente relativista.

3 George Steiner, *Lecciones de los Maestros*, Siruelas, Madrid 2004, p. 12.

4 José Ángel Agejas, *La ruta del encuentro*, Ed. Francisco de Vitoria, Madrid 2013, p. 39.

5 Allí mismo, p. 41.

6 Allí mismo, p. 45.

¿Cómo curar esta sociedad enferma que no tiene ni siquiera la disposición fundamental para iniciar el camino de la formación propiamente universitaria? El camino es precisamente la ruta del encuentro.

Si el ser humano es un ser para el encuentro, y esta es su esencia más profunda, entonces el camino para formarlo pasa necesariamente por permitir encuentros auténticos entre los hombres. «Lo social forma parte de lo esencial en el hombre»⁷, por lo que una de las dimensiones más importantes del proceso de formar integralmente a un sujeto es la interpersonal. Aunque, claro está, no es la única. Habría que considerar también otras características esenciales de la persona humana que permiten su formación: su interioridad, su ser relacional, su llamado a la trascendencia, su corporeidad y biografía —que él mismo escribe—.

Agejas pretende ir un poco más allá. Para él, la persona en sí misma no la constituyen ni sus dimensiones ni sus facultades⁸, sino su dignidad fundamental de ser personal. Esta realidad, se comprende mejor asumiendo la luz de la Revelación.

A través de la Revelación encontramos a un hombre que fue creado a imagen y semejanza de Dios y que fue redimido del pecado. El ser humano es hijo de Dios y es hijo de Adán. Tiene la grandeza participada de su Creador, pero al mismo tiempo experimenta la fragmentación a la que lo induce el pecado.

Para Agejas no es posible un modelo de formación universitaria cristiano si no se escudriñan los caminos adecuados para hacer el conocimiento de Dios accesible al corazón y a la mente del hombre de hoy considerando los datos de la antropología cristiana. En consecuencia, el dato revelado sale aquí al encuentro para esclarecer la tarea del formador: abrir el horizonte de esperanza y grandeza al que todo hombre está llamado y contribuir a que este pueda descubrir por sí mismo el sentido de su existencia.

El maestro, desde su disciplina particular, contribuirá a esclarecer ese horizonte que ha sido oscurecido por la ruptura original, por las propias falencias personales y por las tendencias culturales ideológicas. El camino se plantea como el proceso de ser más libres, en la mente y el corazón. Libertad que no es autonomía total de cualquier

⁷ Allí mismo, p. 83.

⁸ Allí mismo, p. 109.

dependencia, sino más bien el reconocimiento de una dependencia ontológica última. El hombre depende de Dios y sin Él no realizará plenamente su vida⁹.

Un proyecto educativo católico, a diferencia de cualquier otro, considera las expectativas que se tienen del sujeto a quien se educa y la relación que existe entre sus posibilidades reales y sus anhelos más profundos. Para un creyente en Cristo, esta realidad se manifiesta análogamente en los conceptos de gracia y naturaleza¹⁰. El hombre, llamado a un fin sobrenatural, no encuentra auténtica plenitud en nada material, tampoco en sí mismo. Se requiere por ello una propuesta formativa que atienda precisamente a esa realidad: la de la verdadera naturaleza humana, que no está acabada ni determinada, sino que es más bien una libertad en ejercicio.

El lugar para hallar ese espacio de apertura es precisamente el encuentro interpersonal. Los demás permiten que cada uno se haga preguntas que reclaman respuestas profundas y razonables. Ese camino lleva a reconocer que, en un sentido, la realidad precede al sujeto y que el sujeto la encuentra ya dada. Solo quien reconoce esto, como lo muestra la figura del intérprete que recibe la partitura de una obra musical maravillosa, se reconoce, como el ejemplo indica, no como autor sino como intérprete. Ese acto de reconocimiento abre al sujeto a ser capaz de asombrarse con lo que le es dado y en donde encuentra una belleza sin igual. De esa manera, piensa el autor, el realista conoce la realidad como lo que es y no solo por lo que aparenta¹¹.

Conocer la realidad revela un nuevo problema para el autor. El problema de la verdad. Decir que conozco como es, es decir que conozco algo como verdadero. Este punto marca para Agejas una diferencia epistemológica fundamental. En el encuentro se da conocimiento de la realidad a través de las personas y esto es distinto de la verdad que se halla a través de una teoría o del ejercicio técnico. Tras el encuentro aparece la certeza de que no solo lo empírico es verdadero, sino también el conocimiento que proviene del testimonio.

Las distintas caras de la realidad y los distintos modos de acceder a ella implican también una variedad de métodos. Por ello, si en cada área del saber hay una dimensión específica de la realidad, mal se ha-

9 Para Edith Stein, esto se realiza a través de la verdad que Cristo revela a cada hombre (Véase Edith Stein, *Estructura de la persona humana*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2007, p. 195).

10 José Ángel Agejas, *La ruta del encuentro*, ob. cit., p. 121.

11 Allí mismo, p. 135.

ría en reducirla a solo esa porción del saber. Para el autor, la realidad es como un poliedro. Una multiplicidad unida de caras, algunas visibles y otras no. Esta visibilidad-invisibilidad no nos permite afirmar que las caras que no se ven no existen, sino simplemente que implican otro modo de aproximarse a ellas. Es importante subrayar que se encuentran relacionadas unas con otras, pues forman parte de un todo.

Agejas usa otros ejemplos creativos. Trata de mostrar cómo el teatro, la poesía, el relato e incluso el ejercicio legislativo, implican métodos distintos a lo empíricamente demostrable. Su intención, además, es mostrar que lograr un encuentro con la totalidad de la realidad exige una actitud de apertura a otros modos de comprender las cosas e incluso a sí mismo y a la propia profesión o ciencia. En este punto, el educador encuentra otra tarea importante: ayudar al estudiante a «repensar su ciencia y su metodología desde esta comprensión de la verdad como experiencia y no como teoría»¹².

La formación integral consistiría precisamente en esto: hacer a los universitarios capaces de experimentar y verificar aquello que los perfecciona y les permite encontrar el camino de realización personal. Agrega el autor que para el creyente cristiano esa verificación, ese horizonte de encuentro y realización, se encuentran en la persona de Cristo.

La educación debe poder clarificar siempre las convicciones centrales¹³ de las personas. Por esa razón, no tiene permitido ser nihilista. Al contrario, debe ser capaz de abrir más horizontes con sentido en todo, de convertir al formando en un buscador de la verdad. Este horizonte de conocimiento implica que la verdad de la propia ciencia se esclarece en armonía con el resto de saberes y que todo lo que se cierra a sí mismo se cierra a la realidad.

La formación integral debería comprenderse como el alma de una institución, cuyos fines y objetivos sean compartidos por todos y, en el caso de una universidad de inspiración católica, debe incluir el esfuerzo por hacer presente a Cristo.

Después de todos estos desarrollos, los capítulos finales se enfocan en los educadores, pues, si los estudiantes universitarios deben recibir una propuesta de realismo, los formadores deben tener una identidad y una vocación realista.

¹² Allí mismo, p. 162.

¹³ Ernst Friedrich Schumacher, *Lo pequeño es hermoso*, Akal, Madrid 2011.

Esta identidad presupone una actitud de escucha activa y creadora, que parte esencialmente de la idea de que formar a alguien no es meramente instruirlo, sino orientar en la experiencia, permitir el ejercicio responsable de la libertad e impulsar a la insaciable búsqueda de la verdad.

¿Cómo lograr esto en los educadores? El proceso es el mismo. A través del diálogo y la búsqueda de experiencias que abran al formador al encuentro con la totalidad de la realidad. Todos estos ejercicios deben ser pertinentes y ayudar a orientar la inteligencia

al descubrimiento de la realidad y el sentido que esta tiene. No se trata de imponer ni de solamente hablar, sino de aprender a escuchar a otros y a abrirse a otros modos de entender para buscar juntos la verdad. A partir de este ejercicio honesto se abre la posibilidad de una experiencia esencialmente humana que hace el diálogo creativo y que impulsa al docente a ser mejor.

Agejas encuentra en el ejercicio del diálogo y en la búsqueda de la verdad común el objetivo de toda acción formativa: el desarrollo de todas las dimensiones y facultades de la persona. En este proceso, la persona es a la vez agente y paciente. Aprende y enseña, recibe y da, con respeto, con honestidad y con libertad. Y en este punto el autor cierra sus reflexiones apelando a la importancia de la comunidad académica.

La Universidad, en conclusión, es madre del Alma, es decir, es *Alma Mater* porque forma lo más profundo del ser. La madre nutre y educa, guía y acompaña cuando debe dejar crecer. Por ello, como Universidad, no debe dejar de repensar nunca su propio rol en la sociedad y su misión en el mundo. Su identidad está vinculada a la búsqueda, transmisión y encuentro con la Verdad y con la formación de la persona como tal y profesionalmente.

